

C

Columna

Michael J. Heavey
 Ingeniero civil



Adiós al Hospital de Niños de Viña del Mar

Hace poco más de un año, las noticias anunciaban el cierre del Hospital de Niños de Viña del Mar, después de cerca de 100 años de funcionamiento. Al pasar hoy por donde otrora se erguía ese vetusto edificio, se observan imponentes cierras que esconden máquinas y trabajadores laboriosos que derriban sus muros. El vacío que queda produce una nostalgia imposible de esconder.

Se ha ido un pedazo de Viña del Mar, fruto de la generosidad de doña Sara Braun, que permitió contar con un hospital moderno y orientado a lo más valioso de nuestra sociedad: los niños. Esta institución, parte de la historia de la ciudad, tuvo el apoyo de muchas familias a lo largo de los años; fue una verdadera obra de amor.

Un hospital se sostiene gracias a sus médicos, que hicieron de él un centro de excelencia. Los nombres de los doctores Figueroa Castro, Tondreau, Alonso, Barros, Machiavello, Bengoa, Eberhard, Araya, Middleton, Verdugo, Rojas, Eggers y Radrigán, por mencionar algunos, son un testimonio de la vocación de servicio. Con su cuidado y entrega, lograron brindar salud a muchos infantes, dejando una huella imperecedera en sus pacientes y familias en momentos difíciles, sin importar la condición socioeconómica.

El Hospital de Niños tuvo este sello de entrega y caridad gracias a la labor de las religiosas de la Congregación de las Siervas del Espíritu Santo, quienes administraban el hospital. Eran enfermeras y auxiliares y brindaban apoyo a muchos en momentos difíciles. Ellas, algunas provenientes de Alemania, hicieron del hospital su apostolado, destacándose por su generosidad y entrega encomiables. Un recuer-

do especial merece la madre Milburga, recordada como la “madre Mil Pulgas”, siempre dispuesta a ayudar y consolar a los pequeños pacientes con el verdadero cariño de una madre. También recordamos a la madre Fortunelda, quien cuidaba de los bebés y recién nacidos, y a la madre Eliana, encargada de la cocina. Mención aparte recibe la madre Hildegrande, quien, como ecónoma, hizo funcionar ese enorme buque durante muchos años, siempre confiando en el Altísimo: ¡Dios proveerá!

El ejemplo de entrega y dedicación de los médicos y de las monjas fue una inspiración para muchas generaciones, donde concurrían voluntarios dispuestos a brindar su ayuda para apoyar a los niños en sus convalecencias. Se formaron organizaciones que gestionaban apoyos, donaciones y colectas. Otros se formaron en los principios de la Cruz Roja. Se respiraba solidaridad, cariño y entrega, valores que hoy parecen lejanos. Otros se comprometieron, ya sea como directores o voluntarios que donaban su tiempo. A nivel personal, esto me marcó profundamente, ya que mi padre apoyó durante un tiempo a la madre Hildegrande con su contabilidad, y de niño lo acompañaba y jugaba con algunos pacientes, correteando por los pasillos y llevándonos un pan de la panadería del hospital.

El Hospital de Niños ya es pasado y no es momento de juicios. Lo cierto es que no cae por el apetito inmobiliario que ha transformado la ciudad. Los terrenos permitirán la construcción de un nuevo hospital de especialidad que tanta falta hace y que pertenece a una fundación, ¡una de verdad!